

Homenaje a Héctor Palomino

Daniel James¹

Quiero comenzar por agradecer a los organizadores del evento, en primer lugar, por haberlo hecho posible y luego por haberme invitado a participar. Es un honor y un placer. Un evento de este tipo es necesario y apropiado para alguien de la talla intelectual de Héctor. Es justo recordar sus innumerables logros profesionales. Es aún más atinado que ese recordatorio tenga lugar en el Instituto Gino Germani. Germani fue una figura clave en la fundación de la sociología como disciplina en la Argentina. Y Héctor fue, en términos profesionales e intelectuales, un sociólogo desde el momento en que ingresó a la Universidad de la Plata a finales de los años sesenta hasta los últimos días de su vida. Podríamos decir que fue la personificación de lo que significa un sociólogo serio, crítico, y riguroso. Para Héctor, ser sociólogo no se trataba únicamente de la adquisición de conocimiento sobre el mundo social. Más bien, siempre sentí que era su forma de estar en el mundo. Le daba forma a su universo vital. En pocas palabras, era un aspecto definitorio de su ser.

Hay otros aquí hoy que pueden hablar, y hablarán, mucho mejor que yo de las distintas aristas profesionales de la vida de Héctor. Sus intereses abarcaban desde las complejas y bizantinas estructuras del fútbol argentino profesional hasta los sistemas de relaciones laborales, y todo aquello que caía dentro de la categoría de lo que el solía llamar sociología del trabajo. A lo largo de los

¹Desde el Comité Editorial de *Estudios del Trabajo*, agradecemos profundamente a Daniel James por permitirnos incluir su emotivo homenaje a Héctor Palomino junto con el nuestro. Este texto fue presentado el 30 de abril de 2024, durante el homenaje a Héctor realizado en el Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. También queremos expresar nuestro agradecimiento a Verónica Maceira por su iniciativa y gestiones que hicieron posible la publicación de este homenaje.

años, Héctor también dictó numerosos cursos en la universidad. Amaba dar clases. En los últimos años de su vida, contribuyó a relanzar el área de estadísticas laborales del Ministerio de Trabajo junto con el boletín oficial de estudios y estadísticas de ese mismo ministerio. Muchos de ustedes eran sus colegas y han tenido el privilegio de ser estudiantes en sus clases. Estoy atento a sus palabras de consideración, elogio, y celebración de su vida profesional. No abro juicio sobre esas caracterizaciones no porque no soy parte de ese gremio. Al contrario, Héctor, que no creía para nada en patrullar las fronteras intelectuales, tampoco reclamaba autarquía para su disciplina.

Mis reservas (hesitancy), en cambio, se fundan en la naturaleza de nuestra relación. Héctor fue para mí principalmente un amigo íntimo. También nuestras familias estaban unidas por estrechos lazos de amistad. Por más de cuarenta de años, su familia y su casa, fueron mi familia y mi casa en Argentina. Hace ya mucho tiempo, cuando yo pasaba algunas temporadas viviendo en Berisso, el departamento de Héctor y Mirta era mi lugar de refugio en la capital. Para sus hijos, Pablo, Mariana, y Laura, yo era una especie de mueble antiguo que desaparecía cada tanto y volvía a reaparecer misteriosamente por un rato. Para mí todo aquello era como un paraíso. Y para Héctor, era su ancla. Así como la sociología era la clave de su mundo intelectual, su familia ocupaba indiscutiblemente el centro de su vida. Adoraba a su compañera de vida Mirta y sus hijos, a las parejas de sus hijos, y se regocijaba siempre de todos sus logros.

Fuimos, como he dicho, amigos por más de cuarenta años. Y las relaciones intelectuales entre amigos suelen ser complejas. No son como leer un libro o asistir a un curso. Ni siquiera es como escucharlos dar una lección, aunque yo lo escuché a Héctor unas cuantas veces. Uno no toma notas en las conversaciones. Son miles de interacciones y charlas. Uno no toma notas porque está en un vínculo personal y no principalmente intelectual. O tal vez, está en una curiosa mezcla de relación personal e intelectual. Había dos espacios privilegiados para nuestras conversaciones. Desde que Héctor comenzó a trabajar en el Ministerio, nos encontrábamos en

el bar Brighton de la calle Sarmiento, a unos pocos metros de su trabajo. Allí, siempre con una botella de Malbec, Héctor me ofrecía una pequeña síntesis de todo lo ocurrido desde nuestro último encuentro. Sindicatos, patronos, Peronismo, política. Era como tomar una clase, pero con empanadas, vino, y un piano de fondo. El otro espacio privilegiado para nuestras conversaciones era junto a su legendario guiso de lentejas y el mousse de chocolate de Mirta. Allí, la charla podía dispararse en diferentes direcciones. Desde Marx y Weber hasta la comparación entre Maradona y Messi.

Ahora, con su muerte y todos los eventos de duelo y homenaje como este, me vi obligado a pensar de forma algo más reflexiva sobre nuestra amistad que era, como toda buena amistad, muy emocional y visceral. Ambos proveníamos de familias trabajadoras. Su padre, un trabajador de frigorífico en Berisso, con raíces en los empobrecidos parajes de Santiago del Estero. El mío, un metalúrgico que era hijo y nieto de mineros galeses. Tanto Héctor como yo fuimos producto de la ampliación de la educación superior a los hijos y las hijas de las clases trabajadoras. Ambos éramos productos culturales de los sesenta y los setenta. Esa extraña mezcla de rock, jeans, y radicalización política, con la dosis justa de marihuana. Ambos desafiamos las creencias políticas de nuestros padres. Yo desafié el comunismo ortodoxo de mi padre convirtiéndome en un troskysta y Héctor abandonó el peronismo del suyo por el marxismo socialista. Estas elecciones nos llevaron en una dirección distinta de la cultura trabajadora de nuestra juventud. A medida que nos alejábamos de aquel entorno social y cultural, nos fuimos enfocando en la clase trabajadora como objeto de estudio. Para el momento en que nos conocimos en 1987, ya habíamos completado el proceso de distanciamiento social y ambos ocupábamos un lugar comfortable en nuestros respectivos mundos universitarios.

Al igual que yo, Héctor fue siempre un hombre de izquierdas. Yo definiría su izquierdismo como una moderna izquierda social demócrata. Su conocimiento de Marx era profundo, pero siempre abierto y para nada dogmático. El marxismo era para él primordialmente una herramienta con la que entender y analizar

críticamente el mundo social. Pero de ninguna manera era la única herramienta y sabía que a veces otros, según la situación, podían ofrecer herramientas aún más útiles. El compromiso social y democrático llevó a Héctor y Mirta a Chile en los últimos dos años del gobierno de Salvador Allende. Chile ofrecía la chance de ser útil y contribuir al proceso de cambio social. Héctor nunca fue un anti-peronista. Literalmente no tenía un pelo de sectario. Su decisión de ingresar al Ministerio de Trabajo en los primeros años del kirchnerismo tuvo una lógica similar a la de su partida a Chile. Su respuesta al espacio abierto por el compromiso con los derechos humanos y el bienestar social del kirchnerismo fue similar a la de otros setentistas de su generación. Fue una oportunidad, al fin, de participar y ser útil. En el caso de Héctor, fue la oportunidad de llevar su conocimiento enciclopédico sobre el universo de los sindicatos a un lugar donde pudiera ser efectivo. También fue la elección de un sociólogo que advirtió la importancia de contar con una producción consistente de estadísticas sobre el mundo del trabajo. El abandono de esa función estatal por parte de sucesivos gobiernos de la dictadura y la democracia a lo largo de treinta años era un eficaz barómetro del declive argentino y de la oportunidad que ahora se le brindaba de colaborar con la recuperación de esa función crucial.

Más allá de estos elementos comunes, creo que Berisso fue el otro aspecto que dio sustento a nuestra amistad. Héctor guardaba muy poco entusiasmo por el lugar de su nacimiento y su juventud. Lo encontraba como un ambiente social y cultural muy limitado. Después de la muerte de Pancho, su padre, rara vez regresó. El hecho de que Berisso fuera “la cuna del peronismo”, hecho que por su puesto a mi me atrajo profundamente, despertaba poco interés en Héctor. Pero como diríamos en inglés “You can take the boy out of Chicago/New York but you can’t take Chicago/New York out of the boy”. “Puedes quitar al muchacho de Chicago pero nunca podrás quitar a Chicago del muchacho”. Esto habla de la importancia del lugar, el espacio, y el ambiente físico. Y bien podría aplicarse esa frase a Héctor y Berisso. Nunca pudo librarse de Berisso. Era parte de él. Convertirse en sociólogo y mudarse a la capital no pudo cambiar eso. Del mismo modo que que ir a Oxford y terminar en la

clase media estadounidense, tampoco pudo quitar por completo de mí la vivienda popular del Oeste de Londres en la que crecí.

El proyecto sobre Berisso que emprendimos Mirta Lobato y yo allá por mediados de los noventa acaba de publicarse como libro, "Paisajes del Pasado: relatos e imágenes de la comunidad obrera". Nuestra amistad con Héctor fue de inmensa ayuda para la concreción de ese proyecto. Su generosidad intelectual fue invaluable. A lo largo de los años, con su calma característica y nunca del todo valorada, nos ofrecía un comentario o una anécdota de sus memorias en Berisso, que a menudo transformaba nuestros análisis o pinchaba el globo de algunas interpretaciones disparatadas. Era la diferencia aquella de la que hablan los antropólogos, entre emic y etic, el conocimiento derivado de la experiencia íntima y vivida de una comunidad, o el conocimiento derivado objetivamente de fuentes más abstractas. Entre *insiders* y *outsiders*. Hay secciones enteras del libro que llevan la marca de su presencia intelectual.

Me gustaría terminar con un comentario sobre otro aspecto de nuestra amistad. La forma en que Héctor se presentaba a sí mismo. Era un verdadero intelectual - uno de los pocos que he conocido. Sin embargo, no tenía ego alguno. Tenía una gravitas natural que inspiraba respeto. Tenía una modestia innata que no lo dejaba hacer alarde de sí mismo. Era la persona más calma que jamás conocí. Su primera reacción era analizar una situación o un argumento cuidadosamente. Siempre era el adulto en la sala. En ese sentido, pese a ser pares, siempre sentí cierta deferencia hacia él. Había una jerarquía en nuestra amistad, una jerarquía a la que yo abrazaba y le daba la bienvenida. Luego de su muerte, leí algunos correos y mensajes muy emotivos de sus colegas en el ministerio que reflejaban algo similar. "Hemos perdido a nuestro profe".

Me queda una reflexión más por hacer. Este homenaje es también parte del duelo por Héctor que estamos haciendo sus muchos amigos y colegas. No es únicamente una celebración de su vida. Es también parte del proceso por el cual afrontamos su pérdida. Jacques Derrida (y puedo ver a Héctor "poniéndome cara" por mi mención de Derrida) apunta en su "Política de la Amistad" que la

ley de la amistad dicta que toda amistad está estructurada desde el comienzo por la posibilidad de que alguno de los amigos muera primera y el otro quede duelando. Tal vez esta sea la ley de la amistad, pero siempre vivimos en negación respecto de ella. Practicamos una suerte de pensamiento mágico en el que reconocemos esa ley y su corolario de supervivencia y ausencia solo de modo abstracto, pero rehusamos enfrentar las consecuencias. Inevitablemente sentimos arrepentimiento y culpa. ¿Por qué no le hice esa pregunta acerca de este o aquel tema importante? ¿Por qué no me permití disfrutar más del placer de ese momento, del placer de compartir los ratos íntimos con Héctor. ¿Cuál es, en definitiva, el resultado de todo esto? Un cambalache de temas en apariencia menores mezclados con algunas alusiones a otros de mayor relevancia. Messi y Maradona junto a Perón y la lucha de clases. El duelo es, entre otras cosas, el proceso de afrontar el arrepentimiento. De aceptar el perdón que la muerte de un amigo nos ofrece por nuestra propia fragilidad. En este sentido, ya puedo ver a Héctor como uno de los “fantasmas amistosos” de Derrida, diciéndome con su voz calma y compasiva, “Pero Danny, que te pasa, solo somos humanos!”

Gracias.